querida, seguras de hallar consuelo en las horas de amargura; y aun al dejarlas en este valle de lágrimas prometióles un recuerdo constante en la gloria. «Una Superiora será siempre una madre en el cielo».

Extendióse también su virtud predilecta a las almas del purgatorio, y así escribía en una carta de pésame a su sobrina: «Encomiendo el alma de tu cuñada a las oraciones de toda mi comunidad, y yo particularmente la recuerdo ante el Señor y rezo por ella diariamente el «De profundis». (8 Enero de 1833).

## II

## VIRTUDES CARDINALES: PRUDENCIA, JUSTICIA, TEMPLANZA, FORTALEZA.

### Prudencia

Si necesaria es a todo cristiano esta preciosa virtud, aún más lo es a los que fueron designados por Dios para gobernar y dirigir a otros. Así, Madre San Ignacio, a la vez que practicaba las virtudes teologales,



tuvo también en sumo aprecio las cardinales, y en especial se distinguió por su exquisita prudencia, con la cual supo escoger los medios más adecuados para la práctica del bien y la prosperidad de sus obras, a mayor gloria de Dios. Ordenó siempre sus palabras y acciones según las luces de la razón, los ejemplos de los santos y los mandatos de sus directores, y si, en los aciagos tiempos del terror, fué la mujer fuerte que con inquebrantable entereza supo arrostrar peligros y amarguras, no menos apareció como la mujer discreta y juiciosa, confiada en Dios y unida en todo a su voluntad.

Madre San Ignacio ejercitóse continuamente en la prudencia, puesto que al ser nombrada presidenta de la piadosa Asociación de las doncellas tuvo que comprometerse al cumplimiento de múltiples y graves deberes, dirigiendo a sus compañeras en el camino de la virtud, haciendo observar el Reglamento, sin herir a nadie y estimulando a todas, pero sin abusar de su bondad. En su vida de familia huyó siempre de la pereza, y repartía el tiempo entre la oración, el trabajo y los quehaceres domésticos. En su vida de Fundadora resalta su prudencia, por el acierto que tuvo en

la elección de sus ayudantes. La virtuosa joven que escogió Madre San Ignacio para dirigir el taller de «Pierres Plantées», fué más tarde religiosa con el nombre de Hermana Espíritu Santo, edificó, hasta su muerte a la Congregación y atrajo a muchas otras Hermanas obreras. Durante los ocho primeros años de la fundación Madre San Ignacio aceptó únicamente como una tercera parte de las personas que se presentaron para alistarse en sus filas y rara vez se equivocó en sus elecciones.

Y ¿qué diremos de la prudencia que necesitó nuestra Madre para dirigir un Instituto naciente, para combinar la distribución del tiempo, de las religiosas, colegialas y huérfanas, para preocuparse de los más imperceptibles pormenores, sin desatender por eso los negocios más importantes?

Muchas de las empresas que acometió nuestra Madre no pudieron menos de parecer imprudentes a los ojos del mundo. La compra de «La Angélica», las innovaciones que en ella hizo y otros mil asuntos inspirados por Dios y llevados a cabo por el maravilloso tacto de la Fundadora fueron cosas por muchos criticadas; pero ella, despreciando



los errados juicios del mundo, iba siempre adelante, sin amedrentarse por nada, consultando el parecer de personas experimentadas y discretas, cuando el caso lo requería como antes de terminar la capilla de Fourviere, que las revueltas populares amenazaban echar por tierra, y al suscitarse la descabellada idea de unir su comunidad a otra Congregación religiosa. En resumen, si el éxito coronaba todas las empresas de Madre San Ignacio fué porque a su prudencia unió una admirable sencillez en intenciones y palabras, sin esconderse nunca bajo la capa del disimulo y ejecutando rectamente el deber sin preocuparse de humanos respetos.

Verdadera prudencia fué en Madre San Ignacio el haber sabido conservar entre sus hijas el espíritu del Padre Coindre a quien Dios revelaba su voluntad en lo tocante a su amado Instituto; prudencia tuvo al hacer consistir la mortificación general de las religiosas en la perfecta observancia de las Reglas y en la abnegación para con las niñas; prudencia en ir siempre delante ella misma con el ejemplo de todas estas virtudes. No sin dificultad el Padre Rey obtuvo de nuestra Madre permiso para que las Her-

manas pudieran hablar entre sí cuando trabajaban en la construcción de la capilla. El padre de una santa Hermana solicitó la visita de sus dos hijas religiosas para verlas antes de morir; Madre San Ignacio no se creyó con derecho para autorizar un viaje contrario a la Regla, pero supo hacer tan dulce la negativa que el buen hombre quedó contento y satisfecho de ofrecer este sacrificio a Dios.

Nunca se infringió el menor punto de la Regla, sin que nuestra Madre reprochara la falta y exigiera una reparación, tanto más si se repetía a menudo y podía influir en otras personas: de este modo evitó el relajamiento y las causas que a él conducen hasta el punto de excluir de la Congregación a quien despreció sus amonestaciones.

La prudente sagacidad de Madre San Ignacio le enseñó a prever las dificultades y a tomar los medios necesarios para vencerlas.

El Padre Coindre apreció mucho en ella esta cualidad, la consideraba como un tesoro para el Instituto y marchaba tranquilo a sus trabajos apostólicos, con la certeza de que durante sus ausencias frecuentes y prolongadas, Claudina gobernaría la comunidad



con perfecta discreción. «Sentía plena seguridad y convencimiento de que Dios mismo le había querido dar tal Madre para sus hijas y tal corazón para su obra».

Para Madre San Ignacio era sospechosa toda tendencia que tuviera visos de extraordinaria y jamás la favorecía, sino que por el contrario, deseaba para sus religiosas la sencilla práctica de los deberes habituales hechos con la mayor perfección y únicamente por agradar a Dios.

Desde los comienzos de la fundación alejó el peligro de las falsas visionarias o inspiradas y quiso para su Instituto almas activas, enérgicas, equilibradas, hambrientas de abnegación y que se dieran de lleno a sus empleos y a cooperar al bien general.

Mucha prudencia brilló en la conducta de Madre San Ignacio, como Superiora de las religiosas de los Sagrados Corazones; parecía inconmovible en su paz habitual; miraba tranquilamente las dificultades y no cedía jamás ante un primer movimiento de ira. Ni la más ligera pequeñez se escapó a su mirada escrutadora, pero su corazón de verdadera madre también se hacía cargo de las flaquezas humanas procurando así juntar la

dulzura y la firmeza en palabras tan suaves para reprender, como para consolar, y para levantar el ánimo, de manera que todos quedaban satisfechos de su trato, porque además poseyó el don de saber hablar a cada uno según su carácter y temperamento y sobre todo, con perfecta imparcialidad. Su discreción fué siempre bendecida por Dios, pues reinaba en la casa perfecta observancia, rendida obediencia y dulce caridad fraterna. Supo formar a las niñas de un modo admirable; les hacía adquirir el hábito de la virtud, de aquella virtud que las había de proteger después contra las seducciones del mundo, y ni siquiera las perdía de vista cuando más tarde dejaban la casa; asegurábase de su buena colocación y velaba por ellas. Aconsejábales que aprendieran todo lo que podría serles útil en el hogar y en el taller, exhortándolas a permanecer neutrales ante las agitaciones que se pudieran suscitar para obtener mayor salario.

La vida de Madre San Ignacio fué un modelo de orden: no perdía ni un minuto, y aun en su última enfermedad se ocupó de los asuntos de la Congregación dando consejos a sus religiosas. Cuán admirable prudencia



mostró en sus dificultades con el Padre Pousset, sin decir nada a sus hijas, ocultando sus penas y apuros y procurándose ocasiones de merecer para el cielo. Mantúvose siempre digna, reservada, discreta, circunspecta y unida a sus religiosas en la vida cotidiana, mientras que se lo permitieron sus fuerzas.

## Justicia y Templanza

La prudencia y la justicia fueron a la par en la vida de nuestra Madre Fundadora. Tuvo la justicia para con Dios dándole el honor y culto que se le deben y consagrando toda su vida al amor divino; fué justa consigo misma porque buscó con grande cuidado y fervor la meta de la santidad, y fué justa con el prójimo cumpliendo los deberes de su cargo y haciéndose toda para todos, a fin de ganarlos a todos para Cristo: respetuosa y obediente para con sus directores y superiores, amable para todo el mundo, jamás supo herir a nadie ni ocasionar la menor pena Mostrábase siempre agradecida a los favores que le hacían porque nunca se

consideró acreedora de las atenciones de los demás. Su justicia estaba nivelada por la caridad; en lo exterior vémosla ejercer esta virtud por el cuidado que tuvo en cumplir su deber, por su liberalidad en pagar el suplemento del trabajo a las huerfanitas y por su empeño en formar a las que habían de ser luego educadoras.

Una Hermanita de Belleville fué acusada de haber robado un reloj y se la quería por ello despedir, pero Madre San Ignacio se opuso resueltamente a la expulsión en vista de que no se encontraban pruebas evidentes de culpabilidad; los acontecimientos demostraron más tarde la prudencia y justicia de nuestra Madre, pues la verdadera culpable fué dos años después a confesar su falta, y la Hermana dijo ingenuamente que no había querido protestar de su inocencia, para así practicar la humildad.

Claudina fué un modelo de templanza y de mortificación, virtudes necesarias a toda alma religiosa, y practicadas por ella desde su infancia



## Fortaleza

En nuestra peregrinación sobre la tierra, harta necesidad tenemos de la virtud de la fortaleza; pero si las cruces son el patrimonio de toda alma verdaderamente cristiana, ¿cuánto más lo serán de aquellas a quienes Dios escoge para establecer en la Iglesia una nueva familia religiosa?

Muy joven aún, Claudina, conoció el sufrimiento; durante el sitio de Lión, ante las angustias de su madre, devorada ella misma por la ansiedad, olvidóse de sus terribles dolores para ser el consuelo de los suyos, y si la muerte de los dos héreos, sus hermanos, quebrantó su robusta constitución y trituró su alma, no por eso logró abatir la energía de su espíritu.

En los albores de la fundación, vémosla soportar generosamente, en silencio, todas las impertinencias de que fué objeto su nuevo género de vida y de este modo avanzó con paso firme por la senda del sacrificio. Madre San Ignacio tuvo que luchar toda su vida contra las dificultades pecuniarias y preciso fuera pasar por todos estos apuros para

comprender cuánto amargan el corazón y aún merman las fuerzas físicas. Tuvo también que afrontar cierta constante indiferencia por parte de algunas personas. Su Congregación no tuvo jamás, como otras, protectores poderosos. Dios sólo fué su ayudador, pero ni la pobreza, ni las decepciones, ni la muerte de sus colaboradoras, ni las luchas diarias para conservar la unidad y el espíritu de la Congregación, ni la enfermedad, ni el quebranto, nada pudo alterar la paz y la serenidad de su alma fuerte en su confianza en Dios y enteramente sumisa a su voluntad.

## III

## VIRTUDES RELIGIOSAS: POBREZA, CASTIDAD, OBEDIENCIA

### Pobreza

«La virtud de la pobreza, dice nuestra Regla, es una disposición habitual del alma que la desprende de los bienes de este mundo y la hace usar de ellos cristianamente y por Dios». Esta disposición se notó en Claudina desde la infancia. Apreciaba tan poco los bienes de la tierra, que no vacilaba en distribuirlos a los pobres, dando, en favor del prójimo, sus fuerzas, su patrimonio y su tiempo y encontrando en los desgraciados un poderoso motivo para desprenderse de las riquezas y prodigar el bien.



Más tarde hizo Claudina voto de pobreza, al que fué fidelísima toda su vida. La fundación de su obra se cimentó en la «pobreza y en la nada»; un sobrinito de nuestra Madre no podía comprender cómo su venerable tía, que de tanto bienestar disfrutaba en el hogar materno, pudiera vivir en el miserable cuartucho de «Pierres Plantées»; es que tampoco entendía aún el pobre niño la ciencia admirable de los santos, que lleva a la imitación de Cristo, hecho pobre por nuestro amor.

¡Cuán grande fué la pobreza de la reducida comunidad en este humilde obrador y aun en «La Angélica»! Dábase todo lo mejor a las niñas y las religiosas aceptaban alegremente las sobras. Por espíritu de pobreza, Madre San Ignacio quiso siempre mucha frugalidad y economía en la casa, aunque velaba con maternal solicitud para que nada

de lo necesario faltase a las religiosas y a las niñas; examinaba las provisiones y nada encontraba que fuera a su parecer insignificante en cuanto a los detalles de la economía doméstica. «Era muy severa para consigo misma, decía la ropera; practicaba cuidadosamente la pobreza, pero para las demás era todo caridad y dulzura».

En Fourviére todo respiraba pobreza religiosa, aunque con el conveniente decoro; la comida era frugal, mas cuando la salud de las religiosas exigía un régimen más desahogado, por el mismo espíritu de pobreza y de caridad, Madre San Ignacio prescribía todo lo necesario, sin dejar en olvido el primitivo sello de mortificación.

En lo espiritual, también Madre San Ignacio amó, en cierto sentido, la santa pobreza, no dejando perder ninguna de las gracias que Dios le daba y aprovechándolas todas para la vida eterna, para lo cual suplicaba y pedía a sus parientes y amigos le dieran la limosna de sus oraciones.

## Castidad

Madre San Ignacio guardó su corazón



como un sagrario que sólo Dios podía habitar y por eso, desde su niñez, huyó del hálito infernal que pudiera empañar su virginal pureza. Formando parte primero de una reunión de vírgenes y más tarde siendo religiosa, consagró su virginidad al Señor por medio del voto y mortificó sus sentidos, sus gustos, sus deseos, sin permitir que ningún afecto humano se interpusiera entre Dios y ella. Su mirada límpida y penetrante reflejaba los sentimientos de un alma pura y enamorada de la virtud angélica. Su devoción a la Reina Inmaculada y a San Luis Gonzaga nos demuestra el ideal de un algo sublime por encima de la tierra y en pos de él constituyóse Madre San Ignacio educadora de la infancia y ángel custodio de las huérfanas.

## Obediencia

Madre San Ignacio se distinguió por su obediencia. He aquí lo que sentía acerca de esta virtud: «La obediencia es una virtud tan esencial como la humildad y para nosotras absolutamente necesaria, indispensable. Esta obediencia debe ser sin límites hacia aquel que Dios, en su misericordia y bondad infi-

nita, nos ha dado como director y guía de la pequeña sociedad y para que nos muestre el camino que conduce a la posesión de todas las virtudes, lo cual sólo alcanzaremos por medio de la obediencia». «La obediencia es la única que puede asegurar la duración de una sociedad, darle indisolubles lazos, mantener la paz y la unión entre todos sus miembros, reuniéndolos en una sola voluntad, que es la del superior que la gobierna, viendo en él un fiel intérprete e instrumento de la voluntad de Dios». (Memoria de la Presidenta, 31 Julio de 1817.)

Tales eran los sentimientos de Madre San Ignacio sobre la obediencia, aun antes de darse a la vida religiosa y que practicó hasta el fin de su vida. Como testimonio de ello veamos ahora las palabras de su sobrino: «Pude notar que Madre San Ignacio, fuera de la vida ordinaria, no hacía nada sin permiso especial del director diocesano de la casa (Sr. Cattet, V. G.). Aún me parece oír estas palabras: «Con el permiso del señor Cattet»...

Llamada Claudina a fundar una Congregación y a gobernarla hasta su muerte, no quiso vivir nunca fuera de la obediencia. Como niña y adolescente había practicado esta virtud, observando las leyes de Dios y de la Iglesia y obedeciendo a sus padres; pero después de su entrada en la Asociación que fundó el Padre Coindre, la obediencia y la humildad fueron sus virtudes predilectas. Las menores indicaciones del buen director eran para ella mandatos, y después de la muerte del Padre Coindre, no quiso hacer ni permitir nada distinto de lo que entendía que él había dispuesto.



La obediencia y la sencillez fueron las dos virtudes que Madre San Ignacio legó a su Congregación. Las primeras Madres y Hermanas, formadas por ella, de tal modo estaban percatadas de los bienes que trae consigo la obediencia, que bastaba sólo la frase: Nuestra Madre lo ha dicho (hablando de cualquiera superiora), para hacerlas obedecer como a una orden del cielo.